

GLOSARIO DE REVISTAS

Unamuno y la civilización actual.

Durante su residencia en Francia—después de su forzosa estada en Fuerteventura—Miguel de Unamuno ha sido «descubierto» por los franceses. Han llamado la atención en París su altanería de buena ley, su casta sobriedad, su pensamiento, libre y amargo, y su estilo entrecortado, palpitante, visceral, como dijo Luis Arquistain. Sobre todo para los elementos católicos de Francia Unamuno ha sido una revelación.

Más comprensivos que los españoles, más mundanos tal vez pero no por eso menos piadosos, los católicos franceses han visto en Unamuno al compañero leal de ideas e ideales. Y por eso, antes que los otros, los libertarios, y los descreídos, lo tomaran para sí, los católicos han hecho su apología y prodigádole elogios...

En una pequeña pero bien informada revista mensual católica que se publica en París con el título de «Les lettres»

leemos un artículo sobre Unamuno y sus puntos de vista acerca de la civilización moderna. Lo firma el profesor de la Universidad de Grenoble, Jacques Chevalier, persona que tiene con Unamuno viejos lazos de amistad y que en compañía del pensador vasco ha viajado por algunas regiones de España. Conoce, por lo tanto, Chevalier el espíritu de que trata y puede decirnos sobre el maestro algunas cosas interesantes y sugestivas.

Y así lo hace, en efecto, en ese artículo. No es él un estudio acabado, que pudiéramos citar como modelo, pero sí es una buena contribución a algo que esperamos con ansiedad los admiradores de Unamuno. Nos referimos a un serio y completo arqueo de su obra, en todos y cada uno de sus aspectos, labor por cierto vasísimas que demandará a quien quiera realizarla como la imaginamos, mucha dedicación. Entre tanto veamos algunos fragmentos del artículo de Chevalier.

Después de ciertas divaga-

ciones preliminares que no citamos por no alargar en exceso esta reseña, dice Chevalier que la actual es «una civilización sin alma, porque es una civilización sin finalidades, o más exactamente, cuyos fines nos son exteriores y hasta ajenos». Luego agrega: «Corrientemente se fabrica por fabricar y se compra sólo por gastar. Es una cosa bien conocida que los automovilistas cambian de máquina cada dos o tres años, por lo menos, buscando vehículos cada vez más rápidos, con el fin de poder llegar más velozmente al punto al cual desean ir, y una vez allá, no saben que hacer y matan el tiempo. Conocí uno que devoraba etapas para ir a una ciudad en que hay una catedral y un castillo, pero que no visitaba ni el castillo ni la catedral.

De allí pasa al examen de la ciencia moderna, de sus características, de sus fines, de sus posibilidades. Chevalier alude a la novela de Unamuno titulada «Amor y Pedagogía», requisitoria contra la ciencia sin alma, contra la frialdad mezquina de los sistemas y los métodos científicos de que tan pródigo se muestra el siglo. «La ciencia es implacable—dice Chevalier— y si no se le pone atajo, conducirá a la humanidad toda, como al héroe de la novela, al suicidio, porque nos mata el corazón, el instinto, la fe, todas las fuerzas

vivas del alma, todo lo que da al hombre valentía para vivir». La ciencia, en su opinión, no busca el bien ni la verdad. La mueve sólo la gloria de la invención o del descubrimiento, limitando el objetivo de su acción y de su empeño.

Por su parte, los frutos de la ciencia moderna—que «engendra el egoísmo so capa de humanidad»—poseen el mismo sello. La filosofía nacida de esta ciencia es poco más o menos lo mismo. «Pues esta filosofía... se complace en las fórmulas hechas y se preocupa más de dar soluciones que de plantear los problemas». A continuación leeremos entonces una elocuente diatriba contra los filósofos: «Es bien sabido lo que cuesta, en lágrimas y en sangre, pensar. Por eso los filósofos han inventado un medio más expedito y menos penoso, que es el de no pensar, dando la ilusión de que piensan».

Yendo más hacia lo sustancial y permanente, Chevalier plantea con Unamuno un aserto de importancia, cuando dice: «El verdadero sujeto de la filosofía es el individuo, soy yo». Y agrega: «El hombre es un fin, no un medio. La civilización entera se relaciona con el hombre, con cada hombre, con cada yo. ¿Qué es entonces ese ídolo que se denomina Humanidad o cualquier otra cosa, al cual deben sacrificarse to-

dos y cada uno de los hombres? ¿En nombre de quién se me impone ese sacrificio? ¿Quién recogerá su fruto?».

El hombre mismo es el fin; la perfección de su propia vida debe ser el objetivo de la civilización. He allí, brevemente, la conclusión de la primera parte del estudio.

Llegados a este límite, después del análisis destructor de la civilización actual, por sus fundamentos, por sus medios de realización, por sus finalidades, se está lógicamente en situación de afirmar cuál sería la «verdadera» civilización. Chevalier siguiendo a Unamuno dice: «Las mismas cualidades que han hecho a España refractaria al tipo de civilización que prevalece actualmente pueden hacerla apta para propagar la civilización del porvenir. Debemos llegar a soñar, como Don Quijote, una España purificada, aumentando, exaltando, sublimando la parte de humanidad que le corresponde, para emprender la conquista espiritual de Europa y del mundo. ¿Un sueño? No negamos que sea sólo un sueño. Pero no hay país en que se haya perpetuado como en España la tradición humana... No hay un pueblo que se eleve tan fácilmente hasta las alturas de la metafísica ni que vibre por manera tan intensa al soplo de la espiritualidad».

Pero esta vida espiritual—

opuesta polarmente, según Unamuno, a la intelectual—, ¿cómo puede llegar a ser realidad? Chevalier sigue en esta parte casi a la letra a Unamuno en obras como «El sentimiento trágico de la vida», «Mi religión y otros ensayos», «Soliloquios y conversaciones» y otras más, de las cuales varias han sido ya vertidas al francés como resultado de la visita de Unamuno a Francia.

«La primera condición (para llegar a esa vida espiritual) es librarse de los sentidos y de todo ese delirio de inmoralidad que se traduce en modas, bailes, teatros y cinemas. El desbordamiento de la sensualidad está siempre acompañado por un empobrecimiento de la vida espiritual. La lujuria ciega el espíritu, rebaja el carácter, ahoga las nobles inquietudes al mismo tiempo que agota nuestro resorte moral y nos impide amar, pues el amor sensual al confundir los cuerpos separa las almas». Pero que no nos arroje en la inteligencia pura: «Pues la inteligencia pura, la inteligencia que se nutre de sí misma, trata también de llegar a ser tiránica, sometiendo al hombre al tiempo, al espacio y a la lógica, que son nuestros tres más crueles tiranos».

«La vida no se separa de la verdad: es en la verdad en donde debemos buscar la vida. No hay que tratar a la verdad como algo muerto, es decir,

como una cosa puramente teórica. Es necesario vivificar con ella el espíritu. Contrariamente a los eruditos puros, gente mezquina y envidiosa que hace de la busca de un dato o de un nombre un motivo de vanidad, las almas elevadas, serenas, religiosas, aprenden a respetar la verdad en las cosas pequeñas para respetarla en las grandes y no las aman sino por la dosis de verdad que ellas encierran. Es entonces de la verdad de lo que se debe vivir. Desgraciado el país en que no fuese permitido analizar el patriotismo y buscar las razones de nuestras creencias».

«Pero hay una cosa superior a ser o existir: es querer ser». Aparejado a esta voluntad se halla, es cierto, el dolor de la vida, pero esa capacidad de sufrimiento es precisamente lo que nos acerca a Dios, o más bien, el dolor que decimos nuestro es el dolor de Dios en nosotros. Unamuno ha practicado este principio, poniendo en obra su pensamiento directivo, y luego ha dicho al mundo su palabra. Su intención es llevar la inquietud a las almas; su anhelo es que los seres humanos todos sientan el amor extraterreno, la ansiedad del más allá y el impulso ascensional al infinito que mueve a su propia alma.

Estos son, toscamente reproducidos, los pensamientos primordiales del estudio que nos

ocupa. Chevalier ha escrito estas líneas merced a su profundo conocimiento no sólo de la obra de Unamuno, sino también de su alma disputada por el cielo y la tierra, y si ese artículo no basta para darnos una idea completa del pensamiento de Unamuno frente al universo y a los diversos problemas de la civilización y de la vida humana, no ha sido por falta de estudio ni de dominio certero de la materia tratada.—S.

Cultura femenina

Continuamos con el importante estudio de Jorge Simmel sobre «Cultura Femenina», que empezáramos a comentar en el número anterior de «Atenea».

El principal tropiezo que encontraba la mujer, según Simmel, para ofrecernos su espiritualidad específica en la literatura o en la poesía, era la existencia de una tradición o lenguaje característicamente masculinos. Pero algunas artes, como las de la intuición, no están atenuadas a una tradición verbal fija. «Las artes plásticas dependen en gran medida de las condiciones psíquicas y físicas, de la forma en que los movimientos del alma se traducen en los movimientos del cuerpo, de las sensaciones que acompañan a la inervación, del ritmo que siguen la mirada y el tacto». Ahora bien, los